

RECUERDO

EL ABRAZO DE VERGARA



Este hecho histórico es uno de los más salientes que se registra en los anales de los acontecimientos que se han desarrollado en Guipúzcoa en la primera mitad del siglo anterior.

Aquella sangrienta guerra que desoló los campos del país euskalduna, que aniquiló su juventud, que puso en triste relieve el valor, la heroicidad y el tacto militar de que se hallaban poseídos los esforzados hombres que en ambos bandos luchaban con increíble denuedo, aquellos siete años mortales que produjeron ríos de sangre, ya en las cumbres de nuestras ingentes montañas, ya en nuestros pintorescos valles y vegas, formando con sus rojas corrientes salomónicos chorros agostando con el funesto resultado de tanto y tanto dolor las raíces de los productos de nuestra pobre agricultura; desiertas y ahumadas nuestras bíblicas viviendas de los campos; en donde poco antes brotaba el maíz y en donde los rayos del sol de Junio doraban los trigos, yacían convertidos en campos de armas: los troncos de los manzanos que poco antes aromatizaban la atmósfera, arrasados y destartalados; las tierras que poco antes eran cuidadosamente divididas en caprichosos cuadros trabajados con los hierros de los arados para las plantaciones, yacen deshechos, agrietados, barrocos, pisonados por los hierros de los cañones y por las estrepitosas carreras de los escuadrones que con su desenfrenado galopar combatían y destruían.....!!

Aquellos inocentes caseros que, alentados por las arengas que eran lanzadas sobre sus cabezas, haciéndoseles ver lo que no tenía fundamento de existir, como al cabo se vió, cuando al fin de los siete años de sangriento guerrear, después de haberse desangrado casi toda una generación, ya rendidos por la continua fatiga y ahogándose con la disnea que el horrible cansancio de un loco batallar iba amortiguándoles, y cuando conocieron el error oyeron la voz de Maroto que les llamaba al bienestar.

Es el 31 de Agosto de 1839 y los dos invictos generales van á abrazarse, ahí, en los campos de Vergara, ante sus respectivas fuerzas que seguidamente se van á confundir como hermanos que son, como españoles y como euskaldunas.

El país espera con ansia ese feliz momento, lágrimas de placer surcan por los rostros de las madres, ternura que conmueve y vivifica los espíritus que tanto tiempo han estado dominados por los más cruentos y luctuosos golpes.....!!

Cierto, ciertísimo es que toda la fuerza carlista, el conjunto, la que compone y forma el vigor, restando algunos, todos ansiaban la paz, todos deseaban la vuelta á sus hogares.

Si no, véase como el general Iturbe arenga en vascuence en estos términos:

—«Mutillak, erneak eta yayoak izan zerate beti, arritu dezute España guzia, iñoiz ez diozute bizkarra erakutzi et-saiari, bañan ezin genezake aurrera onela luzatu. ¡¡Tira hada, mutillak!! ¿zer nai dezute....? ¡¡Gerra edo pakea!!»

Aquellas aguerridas huestes que habían escuchado en meditado silencio lo que el general Iturbe les proponía, acogieron las últimas palabras de la arenga con un grito general, unánime espontáneo, que parecía que salía de un solo cuerpo y de un solo corazón.

¡¡La paz, sí!! ¡¡¡La paz una y mil veces!!!

Y aquel suspiro de concordia repercutió por los montes y por los pueblos, y sus ecos se extendieron por Goyerry y por Beterri, y cual nuevo y bonancible día que es esperado tras de borrascosas tormentas, amaneció en Guipúzcoa, tras del abrazo de Vergara, un día venturoso y feliz que calmó á los enardecidos chapelzuris, y todos. negros y blancos, en estrecha y generosa unión recibían, unos y otros, las bendiciones de las madres euskerianas.

El 27 de Agosto entró en Vergara el general Espartero con su Estado Mayor, sin que nadie le opusiese resistencia; fué recibido con el mayor entusiasmo y aclamado como pacificador en un pueblo donde hacía años que no habían visto brillar las bayonetas de los soldados de la libertad.

Al día siguiente salió Espartero para Oñate, dejando en Vergara fuerzas considerables, y el 31 volvió para autorizar y llevar á cabo el ansiado convenio que puso fin á la primera guerra carlista.

A las ocho de la mañana desfilaban las divisiones del ejército de don Carlos, llevando á su cabeza al general Urbistondo, por delante de las tropas constitucionales á las órdenes del brigadier Labastida, jefe de Estado Mayor del ejército de la reina.

Ambos ejércitos se hicieron los honores de ordenanza; aquellos valientes, aguerridos todos, todos curtidos en las batallas, se miraban mutuamente con gran asombro, y ofrecían una escena por demás grandiosa.

Presentóse Espartero, llevando á su izquierda á Maroto, general en jefe del ejército carlista, y seguido de una brillante comitiva; los dos generales recorren á caballo la extensa línea que formaban ambos ejércitos, después mandaron echar armas al hombro, y el general Espartero les dirigió una tierna arenga que conmovió á todos aquellos hombres; cuando las palabras hubieron ejercido en todos una mágica impresión, Espartero se arrojó en los brazos de Maroto y con voz conmovida, dijo:

«¡Abrazaos, hijos míos como yo abrazo al general de los que fueron contrarios nuestros!!»

A estas frases inmortales sucedió la confusión y el júbilo en ambos bandos; lanzábase el uno con el otro para abrazarse los que tantas veces se habían salido al encuentro para destruirse; estrechábanse los unos con los otros, y se besaban y se confundían las cruces empolvadas y las gloriosas veneras que habían ganado combatiéndose: «más de un amigo encontró á su amigo, más de un hermano á su hermano, más de un padre á su hijo.»

Vivas á la Paz, vivas á los Fueros, vivas á la Reina, vivas á Espartero; de todos los pechos salían estos gritos que se confundían entre los urras de ambos ejércitos.

Los campos de Vergara fueron testigos de este grandioso hecho en que los dos ejércitos, refundidos en uno sólo, ofrecían al mundo acto tan humanitario y magestuoso.

Al poco tiempo en las Cortes se combatía el régimen autonómico de este país, se pedía con insistencia la abolición de los Fueros vascongados, pues muchísimos diputados de aquellas legislaturas aborrecían á este país y exclamaban á voz en grito que las provincias vascongadas eran únicamente carlistas; y allí, en aquel Congreso, lanzó su voz el insigne Olano, que rebatió brillantemente todos aquellos improperios, mereciendo su célebre discurso la aprobación de la mayoría y causando honda emoción la actitud del ilustre azcoitiano.

Decía Olano:

«¡Dicen que hemos sido rebeldes! y yo pregunto: ¿D. Carlos era vascongado? ¿El obispo de León era vascongado? ¿El Padre Cirilo era vascongado? ¿Lo eran esos ilustres viajeros que vinieron á asociarse á su partido? ¿Eran vascongados aquella porción de gentes que nos fueron á alborotar? (Bien, bien). ¿Era vascongada una división entera que depuso las armas después del convenio y penetró aquende del Ebro...? Los empleados, consejeros, muchos generales y toda aquella multitud de condes y marqueses.... ¡vive Dios! que no eran vascongados (nuevos aplausos). Culpas nuestra hay; pero no se nos añadan pecados que no son nuestros.»

«El convenio de Vergara se hizo, pero no se hizo con expresiones acres que enciendan las pasiones ni arrimando combustible al fuego; se hizo por sentimientos honrados y generosos . . . allí se presentaron las masas carlistas: un mundo de boinas y de bayonetas cubría el campo, en el cual reconocíamos las caras animosas de los que por siete años habían estado defendiendo con valor una causa opuesta.»

«El Duque de la Victoria acogió á los batallones vascongados, diciéndoles:

«Valientes, os conozco; nos hemos encontrado muchas veces, y por que os conozco os amo »

«Y entonces aquellas masas se conmovieron, se entusiasmaron, el Duque perdió los estribos, y se acabó la arenga Aquellos hombres que tantas veces habían despreciado la muerte en los combates, corren y abrazan á los que poco antes eran contrarios, arrasándose sus ojos en lágrimas....»

Como es imposible prescindir de la personalidad de D. Valentín de Olano al tratar el convenio de Vergara, vamos á transcribir otro pequeño fragmento de su célebre discurso:

«Si el 31 de Agosto se hubiese dicho á las masas armadas que esta-

»ban delante del Duque de la Victoria: todo lo habeis cedido, no se »hubiese efectuado el convenio. Pues lo que yo no digo al hombre que »está con las armas en la mano, no se lo digo después que las ha deja- »do.... Al pueblo valiente que quiere defenderse, nunca le faltan ar- »mas; cuando los pueblos no son libres, no es por falta de armas, sino »por falta de valor (estrepitosos aplausos).»

Con esos vigorosos párrafos aludía á los diputados que trataban de abolir los fueros.....

Verdad es que hubo segunda guerra carlista No permita Dios veamos la tercera.

La puñalada que los fueros recibieron á raíz del convenio de Vergara fué mortal.

La gangrena invadió nuestra santa libertad, y aquella herida inferida á nuestros fueros, buenos usos y costumbres, experimentó funesto desenlace el 21 de Julio de 1876.

No soy ni blanco ni negro.

El que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Únicamente soy euskalduna.

F. LÓPEZ-ALÉN.

